

EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 18 Mayo 1916.

Número 20.

Fuga épica ⁽¹⁾

No existe en la leyenda ni en la historia
fuga más memorable y más completa
que la del *Niño Terso* en Oroquieta:
ni el tiempo acabará con su memoria.

Buscando un trono al que cubrir de gloria,
entra en España al toque de corneta.
Un tiro suena... y ¡sus!, vuelve la jeta,
y emprende la feroz escapatoria.

Y corriendo parejas con el viento,
no refrena al *hipógrifo violento*
ni aun hallándose ya dentro de Francia.

Y cuando á lazo córtanle la huida,
“¡yo escapo siempre hasta perder la vida!”
exclama con indómita arrogancia.—1872

José Nakens

(1) Del libro CIEN SONETOS

LAS CORTES

Están abiertas ya.

UN DIPUTADO MENOS

El acta alcanzada por Moreno Mendoza en Jerez, ha sido anulada por el Tribunal Supremo.

Iba á decir algo sobre esto, cuando me entero de que van á darle al desposeído un banquete y enmudezco hasta mejor ocasión.

PROPOSITO DE ENMIENDA

¿Que de lo que yo digo se aprovechan los periódicos monárquicos para combatir á los republicanos?

¡Sí! ¡Ah, picaruelos! ¡Siempre á la que salta!

Siento infinito haberles dado ocasión de penetrar en nuestras interioridades, descubriendo el secreto que

tan cuidadosamente guardábamos: el de nuestra actual impotencia; pero, en fin, como ya está hecho, á lo hecho, pecho.

Procuraré ser más cauto en adelante, pues no sientan bien á mis canas, digo, á mi calva, tamañas ligerezas, que sólo tienen la disculpa de que los viejos nos volvemos de la edad de los niños, y los niños son de suyo indiscretos.

¿Por qué no me moriría antes de las elecciones, y así nadie se hubiera enterado de que estamos desunidos, llenos de envidias y rencores, y que hemos dejado de ser por algunas semanas de años, si continuamos como hasta ahora, un peligro para la Monarquía y una esperanza para el país?

Si *liquido*, no sólo los monárquicos hubieran dejado de disfrutar la satisfacción esa, sino que á mi vez me habría evitado el gran disgusto de ver que el emperador de los egregios, señor Azcárate, era derrotado como diputado y senador; que al pobrecito

Melquiades lo trataban como á mendigo porfiado de la política, arrojándole unas cuantas piltrafas del festín electoral; y que nosotros, los republicanos de *chipén*, habíamos sufrido una derrota de órdago.

¡Morir á tiempo! Prueba de cuerdo da el que lo hace. No pasaría yo á la posteridad con la fama de descubridor de secretos como pasaré ahora, si hago *dominó* el día 9 del mes pasado por la mañana, hora en que tantos republicanos de buen sentido se estaban disponiendo para no votar.

¡Torpeza como la mía!... Bien, bien la estoy pagando al contemplar á los monárquicos sacando partido de lo que digo, con el infame propósito de esparcir á los cuatro vientos la noticia de que hemos llegado á tal extremo de confusión dentro y descrédito fuera, que nos vemos incapacitados, y para mucho tiempo, de intentar nada contra la Monarquía.

Y si no, al tiempo.

Divagaciones

He aquí cómo da cuenta *Fray Gerundio* en *El Diluvio*, diario de Barcelona, de la publicación del libro *Cien sonetos*:

“LA SEMANA CLERICAL

«Por sus frutos los conoceréis.»
(San Mateo, VII, 20).

Recibo de Madrid un libro muy bien presentado que lleva esta dedicatoria:

«Amigo *Fray Gerundio*: Estoy encantado de la gracia, el ingenio y el perfecto conocimiento de la materia que derrocha en su *Cine clerical*.—José Nakens.»

Advierto de pasada que no soy propietario de ningún cine, y mucho menos clerical. ¡Cualquiera se lanza á este negocio después del fracaso de la *Sala Mercé*, tan concurrida por clérigos y frailes y devotos de ambos sexos! Este *Cine* es una colección de articulillos, trozos vivientes de la mojigatería al uso, tomados de la realidad con exactitud fotográfica y trasladados al papel.

El librito donde tales piropos me endilga el bondadoso Nakens contiene cien sonetos del batallador escritor, muy castizos y sonoros, de estro poético de legítimo abolengo todos, y algunos tan viriles y claros que su lenguaje hace el efecto de un latigazo descargado en las sensibles espaldas de una señorita histérica.

En Nakens se ha atendido más á lo que ha dicho que á la forma en que lo ha dicho, y no se ha parado mientes de que maneja la pluma con una corrección ática que para sí quisieran muchos que por lumbreras pasan. La *materia* de sus tra-

bajos literarios lo ha envenenado todo quitándoles todo mérito y despojándolos de su inherente atractivo, aquí donde sienta plaza de eminencia cualquier luis que remite una poesía mariana á la *Lectura Dominical*, ó en que una María de Echarri actúa de Beatriz Galindo.

Nakens se ha llamado á sí mismo el *tío de los fracasos* porque los que se decían *suyos* no han querido jamás seguir la senda que él les trazara, mucho menos prestarle ayuda moral y material. De ahí el aparecer este libro de los cien sonetos con el significativo título de *Biblioteca pro multas*, ó sea destinados sus volúmenes para solventar los gastos de procesos y las multas que cual lluvia torrencial caen todos los días sobre el valiente semanario, encarnación del alma soñadora enamorada de un ideal imposible en una sociedad política como la nuestra, en que todo huele á podrido.

Si Nakens ha de liquidar sus multas con el importe de sus libros, muchos necesita vender y mucha es también la obligación que tienen los republicanos sanos de adquirirlos. ¿Será este un nuevo fracaso de los muchos que Nakens tiene catalogados en su luchadora existencia? No queremos suponerlo por no sonrojarnos delante de nuestro ideal republicano. A Nakens se le niega todo porque nada ha querido para sí, problema psicológico inextricable de las muchedumbres, en las cuales parece innato el anhelo de servir de escabel para que suban y se encumbren, haciendo el vacío en torno de las heroicas figuras que sólo buscan el abnegado y oscuro sacrificio en pro de la masa.

Alma grande la de este Nakens, á la que los desengaños no abaten y á la que templan cada vez mejor los abandonos y las ingratitudes. Emerson le hubiera llamado *hombre representativo* y nosotros le llamamos *equivocado*. El tiempo se encargará de darle el apelativo que merece.

¡Camará! ¡No es usted nadie elogiándose! Casi está usted en esto á la altura de Prudencio Iglesias Hermida, el escritor más genial y *testicular* de estos tiempos, al que no conozco personalmente, y que me ha prodigado en su originalísimo y valiente semanario *El Bólido* unos elogios tan estupendos, que el rubor me ha prohibido trasladarlos á EL MOTIN. Aprovecho esta ocasión para manifestarle mi gratitud en letras de molde, ya que he tenido la desatención, la grosería mejor dicho, de no hacerlo antes en carta particular.

Y pagada esta deuda sin los réditos debidos, porque quiero ser siempre deudor de Iglesias Hermida, volvamos al asunto.

Una vez reconocido y confesado por mí que en lo de elogiarme se ha excedido usted, amigo *Fray Gerundio*, permítame decirle que como vaticinador no ha quedado muy airoso: ningún hombre, ni aun valiéndolo que usted, sirve para todo.

La publicación del libro *Cien sonetos* no puede ser un nuevo fracaso, porque lo ha sido ya. ¿Cuántos ejemplares cree usted que llevo vendidos hasta la fecha? Pues no llegan á 150, y eso que dos amigos míos, uno de Madrid y otro de Navalnoral de la

Mata, me pidieron cada uno diez al anunciarlo. Cada día me convengo más de que *mi reino no es de este mundo* (me refiero al mundo republicano en juego).

Ni el mundo de la librería lo es tampoco. Fuera de la de Fe, que tuvo la abnegación de tomar dos ejemplares, ninguna importante de Madrid quiso ninguno. Y de provincias no hablemos: hace años que ninguna, ni aun pasando sus dueños por liberales y republicanos, pide á esta casa un libro.

Por todo lo cual he decidido...

Pero de esto hablaré más adelante.

Después de dicho esto, se explicará usted, *Fray Gerundio*, lo inmenso de mi alegría, al enterarme usted de que el tiempo se encargará de darme el apelativo que merezco, y que seguramente será el de *imbécil*, ya que es el que cuadra á todo el que se empeña en nadar contra la corriente, especialidad que he tenido toda mi vida.

Pues se necesita serlo, y en grado superlativo, *para estar en el secreto*, (si estuviese engañado no tendría mérito alguno lo que he hecho) y empeñarme en que los republicanos de cartel respondieran siempre y en todos los terrenos á lo que representaban, y cumplieren todo lo que ofrecían.

Si tuviese tiempo y alguna tranquilidad (no de espíritu, que ésta me sobra aún), escribiría las *Memorias de un imbécil*, libro anunciado años há, y de fijo que cuantos lo leyera encontrarían apropiado el título á los puntos que en él tratara. Mas sospecho que no las escribiré. Y lo siento, porque, aparte de curioso y entretenido, el libro hubiera dado testimonio fehaciente de que si un Quijote loco traspasó los linderos de lo sublime, un mal aprendiz de Quijote tonto no sale ni debe salir nunca de los dominios del ridículo.

En los momentos en que, inquieto por el presente ó preocupado por el porvenir, vuelvo la mirada al pasado, me entran así como ganas de proclamarme el primero de los mentecatos de esta época. Ya que no he sabido ser el primero en buscármelas, quedaría satisfecho mi amor propio siéndolo en esto al menos. La cuestión es poder enorgullecerse de ser el primero en algo.

Y vamos ahora con lo que he decidido, algo tarde por cierto.

Hoy pongo á la venta... (¿á la venta?, ¡qué vanidad ó qué sarcasmo!) el segundo y último folleto de la *Biblioteca de bolsillo*. Véase la plana octava).

Estoy imprimiendo el segundo y último tomo de la *Biblioteca Pro Multas* (postrer fracaso libresco). Se titulará *Virtudes del clero*, y contendrá las opiniones que acerca de ellas emitieron los Concilios celebrados desde el siglo i de la Era Cristiana

hasta el final del siglo xii. Cuando esté terminado el tomo, lo anunciaré por pura fórmula.

Y una vez hecho esto, juro... (mas no, que esto es pecado) prometo no volver á publicar más libros, ni más folletos, ni más Hojitas, ni más Láminas, ni más Postales, á no ser que me toque el premio gordo de la Lotería, ó que la divina Providencia, que proporciona duquesas de Pastrana, marquesas de Vallejo, y Romaguerras á los jesuitas, me depare á última hora un millonario laico que, para asegurarse la condenación eterna, como aquellos la bienaventuranza ídem, me legue su fortuna.

Si esta fortuna tuviese (y á Dios le pido en mis cortas oraciones que así sea), volveré entonces á las andadas é imprimiré seis tomos siquiera de artículos políticos, otros dos ó tres de anticlericales, cuatro de flores místicas y un par de ellos de Misceláneas político-sociales, para repartirlos gratis entre mis queridos correligionarios, en unión de los millares de varias clases que tengo almacenados, apelando hasta al ruego, si preciso fuere, para que se dignen aceptarlos.

Y después aguardaré tranquilo la hora de partir para el sitio á donde tanto temen ir todos los que tienen conciencia de las canalladas que han hecho, en la seguridad de que seré bien recibido, en gracia á los grandes sacrificios que he hecho en la Tierra para que no falte carne de españoles en aquella inmensa, acreditada y explotada freiduría.

Que sólo para este fin me he afanado por publicar libros impíos, aun sabiendo que no había de sacar de ellos lo que cualquier concejal medianamente listo saca de un negocio de menor cuantía.

La política de comité

El purtido republicano tiene hoy la misma organización que hace cuarenta años. Las mismas tertulias, los mismos comités, los mismos casinos y casinitos. Una vida mezquina, lánguida, de puertas adentro. En el salón de actos adornan las paredes retratos de Salmerón, de Ruiz Zorrilla, de Pi, de Figueras, de los jefes actuales, de los diputados de la minoría parlamentaria. Con los de los jefes y diputados alternan los retratos de los grandes periodistas del partido y de los mártires de la causa. Si el casino es de abolengo progresista, hay también un retrato de Prim. No falta nunca, sobre la mesa presidencial, un gran cuadro que representa á la República. En este salón se celebran los mítines y las reuniones del comité en pleno y juntas generales. Contiguas al salón hay dos ó tres habitaciones; una sirve de secretaría; en las restantes se juega al tresillo ó á algún otro

juego igualmente honesto. La secretaria suele ser á la vez biblioteca. Hay algunos libros y algunos periódicos.

Generalmente, los comités son grupitos que dirige un aspirante á concejal. Cuando el jefe llega á ser concejal y á tener una influencia, el grupito se convierte en grupo; así se han constituido los cacicazgos republicanos de las grandes ciudades. A esos grupitos y grupos van á parar todas las chinchorrerías de barrio, todas las rencillas y querellas de vecindad, todas las insignificantes pequeñeces de distrito. Las sesiones más borrascosas del comité se celebran cuando se discute sobre un cargo electivo ó se ventila un agravio personal. Cuando se trata de estas menudas cosas, esos minúsculos organismos políticos son capaces de una pasión y de una violencia extraordinarias. Estos temibles infusorios son el peor enemigo de la organización republicana. Los desaciertos y las traiciones de los jefes son nada en comparación de la labor disolvente, anárquica, de esos abominables comités, de los cuales son hechura los personajillos ridículos que, después de encumbrados, osan encararse con los maestros y discutir su vida grande y gloriosa.

Estos comités, repetimos, son de una infecundidad pétrea. Su labor se reduce á la crítica personal, á la murmuración y á la chismografía. Son incapaces de la más pequeña actividad social. No han creado nunca una escuela digna de este nombre, ni una cooperativa, ni un dispensario médico. En el barrio, las gentes ignoran que en tal casa hay un círculo político. Este círculo no da señales de vida; no suena, no hace ruido; no preocupa á nadie ni interesa á nadie; no irradia cultura ni calor de solidaridad; no es un laboratorio de ideas ni un hogar con el fuego siempre encendido. Cuando, entrada la noche, el conserje da media vuelta á la llave y se retira á dormir, nada hay adentro que respire, que aliente. Sólo quedan las fichas del dominó, y, sobre una mesa inerte, algunos papeles, acaso unas listas electorales...

ALVARO DE ALBORNOZ

A continuación, y para acabar de convencer á todos de que siempre condené la conducta que el partido siguió con los militares que comprometieron su carrera por defender la República, allá va eso:

La paga del diablo

Después de sublevarse por la República y sufrir las angustias mortales del abandono, la fuga y la delación, el teniente González está en capilla para ser fusilado con Villacampa y otros compañeros. No se queja ni pide gracia, y

aguarda la muerte con la serenidad augusta del hombre que ha cumplido un deber.

Va á dejar la vida, digno y honrado, pensando en que su sacrificio será fecundo para la patria, y que su nombre, transmitido á sus hijos, les servirá de ejecutoria de civismo, y acaso en el porvenir de talismán que les abra las puertas de un bienestar modesto.

Y pensando en esto con la tranquilidad sublime del que se inmola por el triunfo de una gran causa, queda en reposo.

El indulto lo levanta de la tumba, y ¡oh qué bella debe ser en adelante la existencia, aun cuando transcurra en un presidio! Los respetos y las consideraciones de aquellos que le exigieron exponerla por la República, le compensarán sobradamente de las penalidades que le aguardan.

Y sale para el presidio con la frente alta y orgullosa, y en él permanece hasta que un nuevo indulto le pone en libertad. Y con el alma henchida de júbilo llega á Madrid, teatro de su valor y abnegación, recibe los plácemes de sus correligionarios, y se entrega durante algún tiempo á las dulces expansiones de la fraternidad política.

Desgraciadamente el sacrificarse por la patria no impide sentir necesidades imperiosas que no se satisfacen con felicitaciones, y, sin pan para sus hijos, acude hace pocos días á sus correligionarios pidiéndoles una ocupación en que ganárselo.

Y ellos, que después de haberle lanzado á la lucha revolucionaria, se sacrificaron también heroicamente ganando puestos de concejales en reñida y costosa lucha legal, acceden solícitos á su demanda y lo citan para darle una colocación.

¡Qué alegría tan grande la del teniente González! Por modesta que sea, y con tal que le permita ir sosteniendo la vida para ponerla si es preciso al servicio de la República otra vez, cualquier colocación le satisface. Así es que acude presuroso y alborozado al Casino de la calle de Esparteros.

Pero se queda estupefacto, mudo, al ver que le ofrecen... *una plaza de vigilante de consumos*, á él, que era teniente del Ejército el 19 de Septiembre, que sufrió horrorosa y lenta agonía en la capilla é innumerables trabajos en el presidio.

¡Qué despertar tan terrible del sueño de gloria que tuvo al sublevarse! ¡Pensar entonces en la prosperidad de su patria, y empuñar ahora un fusil para proteger el impuesto de consumos que aniquila al Pueblo! ¡Desea batirse con los enemigos de la República, y andar á tiros con los matuteros! Y aun esto ¿ofrecido por quién? Por los partidarios impenitentes de la revolución, que ahora son concejales. Y para que en este suplicio no falte el *inri*, aun tienen éstos que solicitarlo como favor de los monárquicos.

Decoroso es procurarse el sustento en cualquiera ocupación; pero ¿pasar de teniente á vigilante? ¿Haber tenido autoridad sobre hombres dignos, para estar ahora tal vez á las órdenes de un quidam? ¿Encerrarse en un cajón á la intemperie para defender el impuesto de consumos, mientras sus correligionarios pronuncian

discursos en el amplio, cómodo y confortable salón del Ayuntamiento, proponiendo la erección de estatuas, cual si estuviéramos en tiempos bonancibles? ¿Exponerse á ver discutida su honra un una introducción fraudulenta? ¿Caer acaso en tierra de un balazo disparado en la oscuridad por un matutero, él, que pudo haber sido fusilado gloriosamente á la luz del día?

Si pensó en todo esto el teniente González al ofrecerle la monarquía la credencial de vigilante de consumos á petición de los revolucionarios del Ayuntamiento, de seguro que lucharon por asomarse á sus ojos las lágrimas que dejó de verter por su vida en la capilla de las prisiones militares de San Francisco.

1891

Recuerdo triste

—Allí va otro emigrado—me dijo el excapitán Casero, con quien estaba en unión de varios amigos en un café del boulevard Montmartre.—¿Quiere usted que lo llame?

—Sí—le contesté.

Hízolo, y se acercó un hombre, joven todavía, de regular estatura, semblante noble, muy pálido y demacrado, envuelto en una levita muy raída.

Casero hizo la presentación.—¡D. José Nakens!... ¡D. Julián Sanz, sublevado el 19 de Septiembre!...

Cambiamos algunas palabras de cumplido. Como se acercaba la hora de comer, Sanz se levantó para marcharse. Le supliqué que nos acompañara, accedió después de grandes ruegos, y entramos en un restaurant.

Le encargué del *menú*, y hubiéramos comido muy mal á no haberle rectificado cada plato. Tenía la mala costumbre de elegir por la lista de precios, y la torpeza de fijarse en los más baratos.

Quedamos citados para el día siguiente, pero no acudió.

Al tercer día tropecé con él. Se excusó como pudo, pero accedió á que pasáramos la tarde juntos.

—Estoy enfermo—me dijo.—Hagan pronto la revolución para que pueda morir en España.

Poco á poco fuimos intimando, y supe que, mientras el gobierno francés pasó un franco diario á cada emigrado, se había ido defendiendo. Pero después, con un real...

—¡Un real!

—Sí, eso recibimos.

—Pero D. Manuel...

—Hace dos años que no lo veo. Un día de mucha angustia leí en un periódico español que le habían enviado unos centenares de francos para los emigrados; fui á su casa, y al hablarle de ello, se incomodó. Me retiré entristecido. No había tratado de ofenderle con mi pregunta.

Calló. Yo tampoco me atreví á hablar, pero algo murió en mí en aquel instante.

—Mas tarde—continuó,—dirigí á *La República* un comunicado que también firmó Soler (otro emigrado), solicitando la distribución de unos fondos. ¡Es tan exigente la miseria! Aquello dió pretexto á que se nos acusase de estar vendidos á la embajada. Míreme usted bien, y verá que me ha lucido poco la venta.

Y volvió la cara para ocultar dos lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Pero, en fin, no hablemos de esto. El día que haya algo, me avisa usted: con el importe del tren en tercera tengo bastante. Si hubiese tiempo, hasta iría andando, y bendeciría la bala que me tumbase sobre el suelo de mi patria.

Varié de conversación. Estuvimos juntos hasta muy tarde y nos despedimos con un abrazo.

Lo ví dos ó tres veces más, y al separarnos el día que regresé á España, sus últimas palabras fueron: «Haga usted por que yo no muera aquí.»

Esto ocurrió á fines de Abril del 90. Cuando en Septiembre volví á París, donde sólo estuve horas, no pude ver á Sanz, pero supe que estaba peor.

A los pocos días recibí una carta suya, dándome las gracias por el recado que Casero le había dado de parte mía, y poco después otra fechada en el hospital. Ambas las conservo como recuerdo de un hombre honrado y de un patriota.

Allá á fines de Diciembre murió en el hospital.

¡Pobre Sanz! Me parece que aún le veo con su raída levita abotonada, su roseta en el ojal, (que llevaba, decía, porque en Francia se pagan mucho de estas cosas, y por ver si compensaba con ella las deficiencias de su traje), animarse ante la idea de morir por la República, triste cuando hablaba de la causa de su rompimiento con el jefe revolucionario, cándido como un niño, y llevando en su rostro pintados el sufrimiento, el hambre y el abandono.

1892

¿Un sargento muerto? ¡Bah!

Pobre es el coche y escaso el acompañamiento del cadáver aquél que sacan del Hospital Provincial.

¿Cómo se llamó en vida el desgraciado que ha muerto en el piadoso asilo de todas las desventuras?

—Federico Serna.

—¿Qué fué?

—Sargento del Ejército, que después de licenciado arbitrariamente tomó parte en los sucesos del 19 de Septiembre de 1886, y lo destinaron á Melilla, donde estuvo hasta que lo indultaron.

—¿Y cómo ha ido á parar al hospital?

—Por habérsele agravado un padecimiento que adquirió en el presidio y carcer de medios para curarse fuera.

—¿Carecer de medios estando en Madrid, residencia de la millonaria Junta directiva del partido que lo indujo á sublevarse?

—Sí, señor.

—Y esos jóvenes que lo acompañan, ¿quién son?

—Bernal, Castro y García, tres compañeros de desgracia de Serna, y Santos Pérez, íntimo amigo suyo.

—Su partido, el progresista, no se habrá enterado de su muerte, cuando ningún individuo de la Junta directiva ha asistido al entierro.

—Sí, porque se avisó al casino de la calle de Esparteros la noche antes.

—¿Pero á lo menos pagaría los gastos?

—Ni un céntimo.

—De modo que Serna, después de exponer su vida, de estar en presidio, de carecer de recursos y de morir en el hospital, no ha merecido siquiera que le acompañasen cincuenta ó sesenta correligionarios al cementerio.

—No; se reservaban para mejor ocasión, que se le presentó unos días después con la muerte de un concejal republicano, que no se había sublevado nunca, pero que era rico.

1892

¡fy del que cae!

Al entierro del teniente González concurrirnos pocos republicanos; escasamente ciento. Los coches no pasaron de quince.

El acto, triste en sí, resultó doblemente triste: aquel abandono de los republicanos hacia un hombre que se había jugado por la República la cabeza y por horas no la perdió, prodújome impresión penosa.

Miré por todas partes al llegar á la casa mortuoria, buscando á Pi, Salmerón, Azcárate, Pedregal, Carvajal, Labra y tantos otros; en vano. Ninguno había ido. Verdad es que hacía mucho calor. No tanto, sin embargo, como el que abrasó patrióticamente el pecho del teniente González al salir del cuartel de San Gil con los soldados de Garellano el 19 de Septiembre de 1886.

El cadáver fué depositado en el carro fúnebre por vosotros, Bernal, Castro, Gallego y Hormaechea, que hubiérais caído con él en la misma fosa si no os indultan de la pena de muerte. No recibirá honra mayor el de ningún republicano de los que al entierro faltaron.

Una vez en marcha el cortejo, me asaltó esta idea:

¿Es posible que la mayoría de los hombres significados en el republicanismo lleven su indiferencia hasta tal punto con el que cae en la lucha? Pero la deseché al recordar que ha poco, el que no pudo ir á Burgos á los funerales del Sr. Ruiz Zorrilla, envió persona de prestigio que lo representara. No era, pues, indiferencia; era desdén hacia el muerto que acompañábamos.

Bien mirado, ¿quién era él? Un oficial del ejército que teniendo carrera honrosa y porvenir seguro se sublevó por la República y fué vencido, sentenciado á muerte é indultado; que pasó luego varios años entre Fernando Pío y Melilla, y al quedar en libertad por una amnistía vino á Madrid, sufrió mucha hambre, se vió agraciado con una plaza de vigilante de consumos y después estuvo empleado en un hospital para no morir de pronto; total, nadie. Para esos señores, se entiende; para mí era un aristócrata de la revolución.

Claro es que si llega á triunfar, los que dejaron de atenderle en vida y le despreciaron en muerte se habrían aprovechado del triunfo; pero como fracasó... Debe ser cosa fácil y corriente estar en capilla, cuando tan poco ha merecido ese que en ella estuvo.

Esto contrista y descorazona. Partido que no atiende ni honra á los que por él se sacrifican, y mientras más oscuros más, no tiene derecho á exigirle á nadie que se sacrifique. Antes se entendían estas cosas de otro modo.

Tardad cuanto podáis en caer del todo, exsargentos que cargasteis con el cadáver del teniente que estuvo con vosotros en capilla, para ver si cambia la manera de ser del partido republicano; de continuar como hasta aquí, pudiera darse el caso de que tuviérais como decía el aragonés del cuento, que iros andando al

cementerio, por no haber para vosotros ni cuatro tablas donde tenderos ni cuatro correligionarios que os llevarán en hombros.

1895

LUIS PARDO GARCÍA

¿Que quién era Luis Pardo?

Un teniente de caballería que se sublevó por la República el día 5 de Agosto de 1883 en Badajoz, y que probablemente hubiera llegado á coronel si no se subleva. Varios de sus compañeros son hoy generales de brigada.

Fracasado el movimiento se internó en Portugal, devolviendo á sus jefes 20.000 duros que llevaba en la maleta y habían sido confiados á su caballería.

Cuando los emigrados tuvieron que salir para Francia, allá fué él. Y en Francia pasó lo que pasa en todas partes el emigrado á quien su partido abandona al poco tiempo de sublevarse.

Regresó á su patria, merced á la amnistía de 1891.

Buscó ocupación para llevar siquiera pan á su mujer y su hija, y sus correligionarios concejales le hicieron la merced de nombrarle vigilante de consumos, después ordenanza del ramo de Fontanería y luego peón caminero; todo con largos interregnos de pan ausente.

Siendo vigilante de consumos, iban su esposa y su hija á llevarle la comida para saborearla juntos, por no alcanzar el sueldo para hacer apartijos. Y como á veces prestaba servicio á tres ó cuatro kilómetros de su vivienda, y en invierno, cuando no llovía, helaba ó nevaba, su hija aprovechó la ocasión para agenciarse una enfermedad que la mató. Hay que advertir, para que no se suponga que lo hizo por capricho, que solía ir poco abrigada.

Y así ha pasado la vida ese hombre, soñando con la venida de la República y dispuesto á sacrificar por ella su vida, como en 1883 le sacrificó su carrera; viendo hacerse y deshacerse coaliciones, concentraciones, fusiones y uniones, crearse partidos personales; celebrarse banquetes para festejar triunfos electorales ó personajes de ocasión; doliéndose de que algunos concejales dieran que decir á los monárquicos y que los jefes republicanos no les dieran algo que hacer; oyendo recientemente á los unos justificar el fusilamiento de los que se sublevaron, á otros cantar endechas al rey, á otros pasarse á la monarquía...

La última vez que lo ví hablamos de estos recientes acontecimientos, y me dijo, después de recordar á sus compañeros de sublevación, de los que sólo quedaban ya 17 ó 18, por haber muerto unos en la miseria, otros locos y suicidados algunos: «¡Y haber hecho lo que hicimos, para ver esto ahora! Valiera más que nos hubieran fusilado á todos!»

Ni una palabra de reproche para el partido por que se sacrificó... Ni una queja por el abandono en que se veía... Unicamente al despedirme asomaron lágrimas á sus ojos, y exclamó sollozando: «¡Pobre Mercedes! ¡Pobre Berta!» (aludiendo á su hija muerta y á su esposa, próxima á quedar desamparada)...

Al descubrirme cuando colocaban el cadáver de Pardo en el carro, dos pensamientos, uno de tristeza, otro de ira, chocaron en mi cerebro; de tristeza, al recordar las víctimas sacrificadas inútilmen-

«La guerra no es meramente un elemento necesario en la vida de las naciones, sino un factor indispensable de la cultura».—Bernhardi.



SATANÁS: "Hago mía de todo corazón esa observación".

(Raemaekers.)

Ayuntamiento de Madrid

te por la causa republicana; de ira, al pensar que su sacrificio no ha servido siquiera para despertar patrióticas emulaciones, sino para satisfacer en algunos correligionarios vergonzosos apetitos, reprobables concupiscencias en otros...

Al ponerse en marcha el cortejo, y ver que habían acudido poco más de una docena de correligionarios, se acentuaron mi tristeza y mi ira; pero pensé en que estábamos en período electoral, y disculpé á los ausentes. El afán por traer cuanto antes la República, debe anteponerse en todo buen republicano á meras etiquetas fúnebres.

Miré hacia el modesto cuarto donde quedaba llorando la viuda de aquel que debió ser fusilado como Sánchez Moya por faltar á la disciplina, según la moderna teoría revolucionaria, y seguí tras el coche que conducía el cadáver al Cementerio Civil.»

1914

Rehabilitado á mis ojos

El día 8 del actual publicó la Prensa de Madrid un telegrama fechado en Roma, en el que se decía que el capitán Bettolo, que regresó á Spezia el día anterior desde la línea de operaciones, mató por celos á su mujer, la marquesa Remedios, y al cura Dom Ricchetti, suicidándose después.

Esa noticia ha devuelto á mi conciencia la tranquilidad que había perdido.

Desde que á instancia de los respetables, honorables y virtuosos delatores de la Defensa Social, señores Mariategui y Vergara, fui condenado por el Juzgado de Chamberí á 125 pesetas y pago de costas, sentencia confirmada por el Juez de 1.^a Instancia del distrito, á causa de haber supuesto que los ministros del Señor podían en alguna ocasión sentir pecaminosas tentaciones sexuales, andaba yo dudando de si habría calumniado ó no á clase tan impecable.

Y hete aquí que viene ese suceso á demostrarme que no andaba descaminado del todo al pensar lo que pensaba, y á devolverme, por tanto, el sosiego espiritual.

Lamento la terrible tragedia, no sólo por las víctimas, sino también por el pretexto que ha dado á los impíos para suponer que puede haber muchos sacerdotes como Dom Riechetti.

Pero confieso á la vez que hubiera sentido no enterarme de ella, puesto que, de haber pasado para mí inadvertida, habría seguido batallando con la duda de si había ó no calumniado al clero en la caricatura que dió origen á la multa.

Mientras que ahora puedo asegurar rotundamente que entre los individuos del clero hay alguno que otro aficionado á las hijas de Eva, dicho sea con el respeto debido á las leyes españolas que prohíben decirle en letras de molde, á los jueces que las aplican, y á los delatores que piden su aplicación.

El freno religioso

En el pueblo de Navezuelas (Cáceres) vivían Tomás Flores Muñoz, de veintisiete años de edad y de oficio sacristán, casado con Purificación Alvarez Blanco. Habitaban en la casa de su convecina María del Rosario Alamo, de cuarenta y seis años, de posición desahogada, y de tan acendradas creencias religiosas, que comulgaba á diario y era mayordoma perpetua de la Virgen patrona del pueblo.

Se entendieron la beata y el sacristán, y éste comenzó desde entonces á tratar de manera tan inhumana á su esposa, que no parecía sino que deseaba verse cuanto antes libre de ella; pero al notar que tardaba en complacerle, acordaron él y la comulgadora asesinarla, como así lo verificaron la mañana del 18 de Abril próximo pasado.

Inmediatamente de realizado el crimen, fué el sacristán á ver al médico que visitaba á menudo á Pura para combatir con bromuros y cocaína las frecuentes neuralgias que padecía, y le pidió que le diese la poción que otras veces, á fin de calmarle los dolores que en el vientre se le habían presentado. El médico, que no podía dudar de la aseveración de persona tan religiosa, apeló á su botiquín de urgencia y se la dió, entregándose después al descanso, pues tenía que salir poco más tarde á visitar los cinco pueblos que componen el partido de Cabañas.

No había pasado una hora, cuando otro aviso del Flores le hizo dejar la cama, y al salir á la calle dió el afligido esposo la noticia de que Pura acababa de morir á consecuencia de los dolores; y que como sabía que él tenía que ausentarse del pueblo, venía á evitarle que se molestara en ir á su casa á extender la partida de defunción. El médico, sabiendo que Pura podía morir de aquella enfermedad, expidió el certificado, y se marchó á hacer su visita á los pueblos comarcas.

Con aquel documento mandaron los religiosos asesinos por la licencia de enterramiento á Cabañas. El juzgado municipal la extendió.

Entretanto, el sacristán y la viuda se entregaron al dolor más vivo con la mayor tranquilidad, puesto que ya tenían ultimadas todas las diligencias necesarias para dar sepultura al cadáver, acto que se verificó pasadas las veinticuatro horas reglamentarias.

Un detalle que prueba cuán hondamente arraigado estaba en el pecho de ambos el sentimiento religioso: una vez cometido el crimen y teniendo ya en su poder el certificado, avisaron al párroco para que fuese á dar la extremaunción á Pura; mas ¡ay! no

pudo recibirla, por haber expirado minutos antes.

Al poco tiempo de enterrada la que no pudo recibir la extremaunción, circuló por el pueblo el rumor de que Pura había sido envenenada por el Tomás y la María del Rosario, rumor que fué aumentando hasta un punto que, amotinados los vecinos de Navezuelas, pidieron que el Juzgado procediese al esclarecimiento de los hechos.

Alguien escribió un anónimo al juez municipal de Cabañas denunciándole el caso. El juez se apresuró á ponerlo en conocimiento del de primera instancia del partido, quien inmediatamente decretó la prisión de los supuestos criminales; tales indicios de veracidad se advertían en el escrito.

El día 25 se procedió á la exhumación y autopsia del cadáver delante de sus ortodoxos asesinos; y ella, la María del Rosario, la que comulgaba todos los días, no se inmutó al verlo. y con la mayor impasibilidad presencié la autopsia. El Flores experimentó unos mareos, mas fué, según dijo, por el sentimiento que tenía en aquellos momentos por la pérdida de su querida esposa.

Los médicos que hicieron la autopsia, apreciaron las siguientes lesiones: fuertes erosiones en toda la circunferencia del cuello y á lo largo de los músculos externo-cleido-mastoides; equimosis completa del vientre; un gran traumatismo de figura casi circular en la región temporoparietal derecha, deduciéndose por su forma que el violento golpe debió ser dado con una llave ó los ojos de unas tenazas, y cuyo traumatismo interesaba la piel y partes blandas de la región indicada; en la cara dorsal del dedo índice de la mano derecha, una herida contusa y de dirección longitudinal; la lengua de color violado en los maxilares inferiores, fluía sangre venosa conservando la impresión de los dedos, y en el borde de los labios se veían trozos de estopa.

Las consecuencias que se deducían eran claras y sencillas.

Con el fin de desvanecer y privar del conocimiento á la desgraciada Pura, le darían grandes golpes, bien con una llave ó con unas tenazas que el Juzgado recogió, en la cabeza y vientre. La herida del dedo de la mano pudo ser producida al llevarse la interfecta instintivamente la mano á la cabeza para evitar un nuevo golpe. Las erosiones en la circunferencia del cuello, indicaban que se lo rodearon fuertemente con una cuerda ó sogá para producir la muerte por asfixia, confirmándolo así el color violado de la lengua y la existencia de estopas en los labios. La sangre venosa existente por debajo de los ángulos de los maxilares y las erosiones de los músculos externo-cleido-mastoides é impresiones digitales, hacían suponer que no se con-

formaron con producir la muerte por traumatismo y por asfixia, sino también por estrangulación.

A pesar de los detalles referidos y la presencia del cadáver, los religiosos criminales continuaban negando el hecho. El juez mandó entonces conducirlos á Logrosán, custodiados por la Guardia civil, y en su despacho los hizo cantar de plano.

¡Oh médicos que asistáis á gentes tachadas de religiosas! Escarmentad en cabeza del de Navezuelas, hoy procesado y preso por falsedad en documento público.

Y desconfiad de ellas siempre que os llamen para algo, pero especialmente cuando sea para certificar defunciones; pues si un sacristán y una señora que comulgaba á diario han cometido tan horroroso crimen, ¿de qué no serán capaces los que vayan únicamente á la iglesia los domingos y las que sólo comulguen una vez al año por Pascua florida?

¡Ojo, pues, hijos de Hipócrates, ya que el freno religioso es ineficaz.

Procesamiento probable

El 12 de Noviembre de 1914 publicó en EL MOTIN un artículo titulado *En defensa de Jesús*, que no fué denunciado, por que no había de qué.

El *Radical* reprodujo parte de ese artículo, sin autorización mía, el Jueves Santo de 1915.

Y el miércoles último fui á declarar al Juzgado de 1.^a Instancia del distrito del Congreso, por haber sido denunciada la parte del artículo copiado por *El Radical*.

Como todavía no me han requerido para la indagatoria, ignoro si me procesarán.

Sería gracioso.

Cine clerical

¡Vaya una flor!

—¡Qué consoladora es nuestra religión, doña Aniceta! ¿Ha visto usted qué espectáculo ayer el de las flores de María? La iglesia estaba hecha una ascua de oro, y parecía un vergel. ¡Qué voces las de las Hijas de María! ¡Cómo se conoce que anda por medio el tenor de la catedral!

—Sí, sí; tiene usted razón; se está allí mejor que en el teatro. ¡Y cuánta pollería!

—Cosas de la juventud que no se pueden evitar... Como allí van las Hijas de María, que son lo más vistoso y más bonito del distrito, pues claro, los jóvenes van atraídos como las moscas á la miel. Son cebos de que Dios se vale para atraer á las almas; ellos van tras los buenos palmitos, y de pasada tienen que rezar el rosario y oír un

buen sermón; y créame usted, siempre se pega algo, siempre fructifica una buena semilla depositada en el alma.

—¡Hum! De todo hay; estas mescolanzas de jóvenes y jóvenes también traen sus peligros. A lo mejor, con motivo de ofrecer una flor á la Virgen, viene el demonio y se lleva otra de más valor. Yo me entiendo.

—¡Por Dios! ¿Qué quiere usted decir? ¡Ay!, me ha puesto usted en ascuas.

—Nada, nada, no se preocupe.

—Vamos, usted sabe algo, y no quiere hablar claro.

—Y usted también.

—Yo... la verdad... yo...

—Sí, mujer, sí, no se haga usted la hipócrita. Usted sabe tan bien como yo lo de la Micaela, lo de la sobrina del párroco.

—¡Válgame Dios! ¿Qué cosas pasan, Dios mío! Yo sé, así por encima, algo que me ha dicho la camarera de las Angustias... Cuente, cuente...

—Poco tiene que contar: que durante el sermón la Micaela y el organista se salían del coro y se trasconejaban en la escalera que sube al campanario; que una tarde los pescó el campanero en una conformidad que no había lugar á dudas: allí no se ofrecían lirios ni azucenas, sino se marchitaban.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Y sobrina de un sacerdote!

—Tiene á quien parecerse, porque el párroco también ha sido de los de cuidado... ¿Y qué me dice usted del organista, que parecía un San Luis Gonzaga?

—¿Y ella? Con aquella carita de monja boba que apenas se atrevía á levantar la vista... Por supuesto que el señor cura estará furioso.

—Hija, no se ha dado por aludido; es más, para despitar ha encargado á su sobrina que mañana en la función de la tarde ofrezca á María un ramo monumental de azucenas.

—¡Qué cinismo!

—Las de la Vela tienen tramada una conjuración, que es la de empezar todas á toser á un tiempo mientras la Micaela hace su oferta... No falte usted, que nos vamos á divertir la mar.

—¿Qué he de faltar! Aunque cayeran chuzos...

—De modo que ya ve usted que en el mes de María se ofrecen flores de todas clases.

—¡Sí, sí! Vaya una flor... No sé cómo Dios no nos manda fuego del cielo.

FRAY GERUNDIO

Los ineptos de la burocracia

Los ineptos son seres que no han ganado el destino que ocupan, sino

que lo han recibido como un regalo, ya sea por herencia como algunos señores feudales y algunos reyes de la Edad Media, ya por favoritismo, como ocurre hoy con los ineptos de la burocracia.

Estos señores ocupan su cargo, bien á las órdenes de otra persona, á quien se le impone el recomendado, bien al frente de una oficina ó un negociado, y entonces no falta el empleadillo subalterno que tiene la tarea de despacharlo todo y que es el hombre de confianza del inepto.

Hay ineptos que nunca van á la oficina más que el día que tienen que cobrar. Otros tienen que ir diariamente, pero como no se atreven á despachar los asuntos que caen en sus manos, los expedientes duermen el sueño de los justos semanas y semanas hasta que el empleadillo de confianza tiene á bien sacarlos del atolladero, á menos que el inepto se decida á pedir informes inútiles, ó á endosar los asuntos á otras oficinas con la esperanza de que pueda caer el expediente en manos más expertas y despacharse bien.

Los ineptos conocen su ignorancia, pero creen que para ganar un destino se necesita sabiduría y recomendaciones; y como ellos pueden compensar con exceso la falta de aquella con la sobra de éstas, se consideran con derecho al cargo que ocupan; y orgullosos del padrino que tienen no se cuidan de aprender; de este modo por muchos años que pasen son siempre tan ineptos como el primer día.

La ineptitud de estos oficinistas es causa de que unas oficinas desconfíen de las otras, y los datos tomados por una (por ejemplo, datos estadísticos que se piden á los ayuntamientos), no se aprovechen para resolver los asuntos de otra. Es causa de que cada oficina desconfíe de sí misma y cuando necesita algún dato, en vez de buscarlo entre sus antecedentes, lo pide por centésima vez á las oficinas subalternas.

Si alguien propone una reforma, un invento, en fin, algo nuevo, los ineptos no saben cómo resolver la proposición, que, si está recomendada, se resolverá favorablemente, prescindiendo de trámites, que en este caso se considerarán inútiles, pero si no está recomendada, rodará de oficina en oficina sin que nadie sepa qué hay que hacer con aquello, hasta que alguien encuentre un detalle en qué fundarse para rechazarlo, ó hasta que se presente la consabida recomendación.

El país cuyas oficinas estén en manos de ineptos está perdido en absoluto. Podrá salvarse si son ineptos los médicos, los ingenieros, los maestros, porque de otros países vendrán maestros, ingenieros y médicos á suplantar á los que no sirvan. Pero si son ineptos los burócratas, nadie les

quitará de su puesto; están allí por orden de sus padrinos y allí seguirán.

Si los expedientes se amontonan, se aumentará el número de oficinistas, el número de centros consultivos, el de trámites de despacho, el de leyes, decretos y órdenes para cada caso particular (ya que los ineptos son incapaces de resolver un asunto ateniéndose á disposiciones de carácter general), se complicará la legislación hasta el punto de que ni aun los profesionales la conozcan á fondo, pero no se despedirá á los ineptos.

A los ineptos les importa conservar la recomendación de su padrino, y para el día que éste les falte, la de otros padrinos que pueden buscarse entretanto. Por eso dan más importancia á una cuestión de etiqueta que á una equivocación en el despacho de un asunto: son *serviles*. Obedecen mejor una orden de su padrino que una ley. Si en las oficinas no hubiera ineptos, en el país apenas mandarían los caciques, porque éstos no podrían tomar represalias cuando fueran desobedecidos por los demás ciudadanos.

F. R.

¡Cómo está esto ya!

Copio de *El Clamor*, de Castellón: «Contratada para dar dos funciones en este pueblo, llegó el sábado la aplaudida artista Adela Margot.

Enteradas las «damas de Estropajosa» de la llegada de tal «Bribona», se personaron en la estación, dispuestas á impedir á todo trance que pisase ni siquiera las calles de la villa. Locas de desesperación, arremetieron contra la artista, pretendiendo lyncharla, cosa que hubieran conseguido á no intervenir la guardia civil.

Custodiada por la fuerza pública pudo llegar hasta su alojamiento, pero no dar la función, á causa de haberlo impedido las autoridades, por temor á que la sublevación de las beatas se generalizara hasta el extremo de convertirse en revolución lo que sólo había sido conato de motín.

Llegada la noche, al regreso de los obreros del campo, amotináronse éstos frente al Ayuntamiento, realizando una contraprotesta al grito de ¡Viva la Margot! Pero ni la actitud de éstos ni las gestiones de la empresa hicieron mella en las decisiones del alcalde, y las funciones suspensas continuaron, con gran regocijo y satisfacción de las émulas de «Estropajosa».

Adela Morgot vióse precisada á marcharse de Nules sin trabajar y sin los aplausos que indudablemente hubiese conquistado.

Sentimos lo ocurrido no sólo por la artista, sino porque esas beatas, con su ridícula conducta, dan lugar á que cualquier sainetero ridiculice á una población como ésta, digna de otra suerte que la ofrecida por la inconsciencia beatil.»

Este suceso da idea de los puntos que calzan ya la estultez y la osadía clerical.

Si en una población republicana como Castellón, se atreven las señoras piadosas á *rabanear* religiosamente de esa manera, ¿qué no ocurrirá en aquellas donde todos los vecinos sean carcundas?

Si tuviera yo que ir á alguno de ellos, y aunque fuese acompañado de un tercio de la Guardia civil, no me creería seguro; y menos si el día de millegada hubiesen comulgado las panteras católicas. ¡Cualquiera escapaba de sus garras llevando la Sagrada Forma dentro del cuerpo!

Ni los alemanes que se creen movidos por el brazo de Cristo, las igualarían en barbarie.

Quieto, pues, en casita, D. Pepito.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

II ULTIMO FOLLETO II

Anticlericalismo al menudeo

por

JOSÉ NAKENS

15 CÉNTIMOS

LO DE SIEMPRE

Leo en el número 112 de *La Montaña*, diario de Cáceres:

«Los Excmos. Sres. Marqueses de Santo Domingo, viéndose próximos á quedarse sin su hijito, quien después de una penosísima enfermedad que le postró siete meses en cama tuvo que sufrir una operación de importancia, y de la cual quedó en un estado de extrema debilidad, prometieron una Misa al Inmaculado Corazón de María, entregar una limosna para su culto y publicarlo en *El Iris de Paz*, si el compasivo corazón de María les concedía la salud de su hijo. Al efecto, pidieron una capillita de la Visita Domiciliaria, y no bien hubo entrado en casa, se inició en el enfermito una mejoría progresiva, hasta que en el espacio de dos novenas que hicieron al Inmaculado Corazón alcanzó completa salud. El y sus padres cumplen hoy sus promesas para aliento y esperanza de todos.»

Celebro este hecho, indiscutiblemente milagroso, por que llevará al corazón de todas las madres ricas de Cáceres la seguridad de que podrán salvar la vida de sus hijitos, sea cual fuere la enfermedad que padezcan.

Y digo á las madres ricas, porque las pobres no pueden mandar decir una misa por sus hijos enfermos, ni entregar una limosna para el culto del Inmaculado Corazón de María, ni lograrían, si lo pretendiesen, que la Visita les proporcionase una capillita; requisitos indispensables, por lo visto, para que el milagro se verifique.

De modo que la cosa, á pesar del milagro, seguirá como hasta aquí: los

hijos de los ricos salvándose milagrosamente y los de los pobres muriéndose *abandonadísimo*.

Cada cual habla de la feria...

Párrafos de un artículo en que se establece un paralelo entre el pesebre donde nació Cristo y los templos donde se predica su doctrina:

«Un obispo sentado bajo un dosel de rojo terciopelo, reclinándose en dorado sillón, cubierto de blancos encajes y costosos tisúes de oro, dando á besar un anillo de brillantes y amatistas, perfumando sus manos en agua de Colonia que cae desde ánforas de plata repujada, ostentando en la cabeza, á modo de ornato indio, una mitra enorme y reluciente.

«Una porción de señores de distintas edades, pero todos de encendido color y grueso vientre, revestidos de tela colorada, con mucetas de blanca piel de armiño y roquetes de transparente encaje. Uno sostiene el dorado báculo del prelado, otro una palmatoria, éste el pesado misal donde su excelencia hace como que lee, aquél está encargado de quitar la mitra al celebrante.

«El altar está hecho un ascua de oro, las flores se mezclan con los cirios, el incienso se eleva por los aires, y el órgano gime y llora con el dolor de la penitencia, ríe y canta con el júbilo de la inocencia, lanza acordes potentes que hacen vibrar las góticas ojivas ó deja oír suavísimos acentos que llegan cual ecos de lejanas mansiones celestiales.»

Repetiré lo que tantas veces he dicho:

Serían muy ingratos los que viven de tan soberbia manera, si no creyesen á puño cerrado en la existencia de Dios.

Dad esas grandezas al hombre más impío á condición de que confiese que *El* existe, y á menos de ser un ferviente adorador de la justicia, exclamará á voz en cuello: «¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Y más todavía aquí abajo!»

Que me hagan obispo, y yo seré uno de los que con más fervor digan eso, aunque me tachen de inconsecuente mis actuales compañeros en impiedad.

A solas me burlaría luego de la imbecilidad humana, pero lo que es en público...

Ya me guardaría muy bien.

**CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO**

Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

[TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID]